

# **EL PASADO DE UNA ILUSIÓN DE FRANCOIS FURET: Una biografía del siglo Gilda Waldman M.**

¿Cómo recordarán las próximas generaciones al siglo XX? ¿Qué pensarán de nuestra época los historiadores de la próxima centuria?

Quizá el siglo XX sea recordado como el del mayor despliegue de la ciencia y la técnica, o el de la revolución de las mujeres, o como el que albergó en su seno a Freud y a los *Beatles*. Pero ciertamente, también ha sido el siglo de Auschwitz y el Gulag. Lo que ha definido a esta centuria es el hecho de haber estado recorrido por pasiones ideológicas que proporcionaron esperanzas a millones de seres humanos, pero que, asimismo, destruyeron ilusiones e ideales concluyendo en una cauda interminable de crímenes y fracasos.

Escribe el historiador inglés Eric Hobsbawm:

El corto siglo XX ha sido un siglo de guerras religiosas, aunque la más militante y sangrienta de estas religiones fueron ideologías seculares enraizadas en el siglo XIX, tales como el nacionalismo y el socialismo, cuyos equivalentes divinos no eran abstracciones o políticos venerados, a la manera de las divinidades.<sup>1</sup>

A su vez, el historiador francés Francois Furet señala:

El comunismo y el fascismo llenaron la misma época (...) la nuestra (...) Movimientos en un principio, pronto se vuelven regímenes por sus victorias, imprimiendo entonces a la historia europea rasgos absolutamente nuevos (...)<sup>2</sup>

<sup>1</sup> Eric Hobsbawm: *Age of Extremes. The Short Twentieth Century*, England, Penguin Books, 1994, p. 565.

<sup>2</sup> Francois Furet: *El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX*, México, FCE, 1995, p. 183.

Nada más alejado entre sí que los dos historiadores antes mencionados para comprender una de estas pasiones ideológicas de este siglo xx: el comunismo. El primero busca el fundamento racional del comunismo como respuesta a la catástrofe de la democracia como consecuencia de la Primera Guerra Mundial, la crisis del 29, el fracaso del liberalismo, etcétera.<sup>3</sup> El segundo, por su parte, se centra en el análisis de los que denomina la "ilusión" comunista, es decir, en el imaginario político de esta idea que encarnó en un territorio específico: La Unión Soviética. En este sentido, según Furet, la "ilusión" comunista del mundo fue inseparable de la Unión Soviética, al mismo tiempo que la magia del fenómeno soviético ejerció una profunda atracción en el imaginario político de los hombres del siglo xx. Escribe al respecto Francois Furet:

La ilusión acompañó a la historia comunista. Es constitutiva de ella y a la vez independiente de su curso, puesto que fue previa a la experiencia, y sin embargo, sometida a sus altibajos, ya que la verdad de la profecía se encuentra en su desenvolvimiento.<sup>4</sup>

¿Cuál fue el embrujo de la Revolución de Octubre? ¿En qué consistió la ilusión del comunismo? ¿Cómo y por qué sedujo a tantos intelectuales, en especial en Occidente? ¿Por qué adquirió una condición casi mítica que escapó al análisis y al estudio y se convirtió en objeto de odio o de amor?

El libro de Francois Furet recrea y reconstruye la historia de esta seducción. A lo largo de casi 600 páginas el historiador francés recorre la memoria histórica del siglo xx tomando como eje rector el itinerario del comunismo y el retrato de sus principales actores. El objetivo de Furet es doble. Por una parte, consiste en desentrañar la representación que los hombres de nuestro siglo tuvieron de esta gran pasión ideológica, como asimismo, la representación que ellos hicieron de la Unión Soviética. Por la otra, intenta comprender la siguiente paradoja: si bien el comunismo nutrió una esperanza, fue, en su encarnación territorial, una tragedia; es decir, si bien fue un éxito en la imaginación, fue un fracaso en la realidad.

<sup>3</sup> Eric Hobsbawm, *op. cit.*

<sup>4</sup> Francois Furet: *op. cit.*, p. 11.

El comunismo, escribe Furet, tuvo buen cuidado de seguir siendo una utopía, al mismo tiempo que se convertía en un Estado; de ahí que se viese obligado a ocultar su realidad para seguir siendo una idea; de ahí el papel que la ideología desempeñó en su funcionamiento y en su propaganda.<sup>5</sup>

Ciertamente, analizar la fuerza de la atracción del comunismo implica, también, estudiar la fuerza de la atracción del fascismo. La relación entre ellos ocupa el centro de la tragedia de nuestro siglo, y en el duelo ideológico entre ambas confluyen las batallas del mismo. Surgidos ambos del mismo proceso histórico —el apocalipsis de la Primera Guerra Mundial— comunismo y nazismo entraron juntos al escenario político, contraponiéndose y definiéndose uno en relación al otro. Sin duda, constituyeron ideologías políticas diferentes e incluso contradictorias. “Una de ellas es la patología de lo universal, y la otra, la patología de lo particular. No obstante, ambas dominaran la historia del siglo”, escribe Furet.<sup>6</sup> El comunismo proviene de un marxismo que es parte de la Filosofía de las Luces, mientras que el fascismo es el “hijo bastardo” del romanticismo y el nacionalismo. Sin embargo, el problema que intentan resolver es el mismo: destruir y superar el individualismo burgués en nombre de una comunidad verdadera. A ambas pasiones ideológicas las unirá —según el historiador francés— el anticapitalismo, el odio a la burguesía, el desprecio al derecho, el odio por la democracia liberal, la exaltación del futuro, el culto al partido, la adoración al líder, la sumisión extrema del individuo al Estado, etcétera. Pero el nazismo expresó el vértigo nihilista de una sociedad ansiosa de darle un sentido a la violencia, recuperando en su provecho —según Furet— la idea de revolución y constituyendo una idea nueva de comunidad, aunque limitada por las fronteras de un “pueblo elegido”. El comunismo, en cambio, tuvo una potencia imaginaria mayor: se planteó una utopía social y la instauración de un nuevo orden moral que suprimiría al Estado. El comunismo intentó servir de trampolín a una humanidad reconciliada, anunciando la emancipación de los hombres y la posibilidad de una idea democrática cuyas promesas esperaba cumplir.

<sup>5</sup> Francois Furet: *op. cit.*, p. 310.

<sup>6</sup> Francois Furet: *op. cit.*, p. 41.

¿Fueron estos últimos factores los que explicarían la duración, la constancia, el impacto y la fuerza de la idea comunista?

En un sentido amplio, Furet plantea que el comunismo fue una redención, una búsqueda del absoluto frente a un mundo privado de seguridad. La revolución fue una búsqueda de salvación y los hombres que la realizaron "divinizaron la política para no tener que despreciarla".<sup>7</sup> La revolución se convirtió, así, en una salida del desasosiego provocado por las consecuencias del proyecto democrático moderno, que expone a la sociedad a un constante peligro de disolución debido a la atomización de los individuos. La búsqueda de una sociedad reconciliada consigo misma se transformó en el ideal de una política mesiánica que no encontraba otra forma de confrontarse con el desgarramiento que supone la aventura de la modernidad.

En un sentido más preciso, Francois Furet recorre la genealogía y las transformaciones que experimentó la aventura histórica del comunismo, comenzando con la Revolución de Octubre y finalizando con el momento en que las revelaciones de Nikita Krushov ensombrecieron la imagen, hasta entonces luminosa, de la Unión Soviética. Furet se centra en tres vertientes principales a través de las cuales se manifestó el embrujo de la Revolución Rusa en el mundo. La primera se refiere al atractivo del "universalismo, que lo emparenta con la familia de las ideas democráticas, con el sentimiento de igualdad de los hombres como resorte psicológico fundamental (...)."<sup>8</sup> La segunda se encuentra relacionada con el modelo que significaba la Unión Soviética a comienzos de la década de los treinta —con una economía planificada y de fuerte intervención estatal en la economía— contrapuesta a un capitalismo que atravesaba por una de sus más severas crisis. Y la tercera vertiente, finalmente, se relaciona —en todos los matices del claroscuro— con la participación comunista en la lucha antifascista y su consecuente victoria en la Segunda Guerra Mundial.

La tesis de Francois Furet parte de una reflexión en torno a la herencia que la Revolución Rusa recogió de los ideales de la Revolución Francesa.<sup>9</sup>

<sup>7</sup> Francois Furet: *op. cit.*, p. 44.

<sup>8</sup> Francois Furet: *op. cit.*, p. 38.

<sup>9</sup> No olvidemos que él fue quien renovó los estudios históricos sobre el tema, y sus aportaciones al diagnóstico del comunismo provienen de esta reflexión. Francois Furet. *Pensar en la Revolución Francesa*, Barcelona, Petrel, 1980

Desde la perspectiva de Furet, la Revolución de Octubre recupera a una de las representaciones más poderosas de la democracia moderna: la idea de revolución, es decir, la tentativa acompañada de uso de la violencia para derribar a las autoridades políticas existentes y sustituirlas con el fin de efectuar profundos cambios en las relaciones políticas, en el ordenamiento jurídico-constitucional y en la esfera socioeconómica.<sup>10</sup> En el caso de la Revolución de Octubre se trataba, además, según Furet, de una revolución que tiene lugar en el límite oriental de Europa: en la Rusia de los zares. Por tanto, Europa, y en especial sus sectores de izquierda, se reconocieron a sí mismos en esta experiencia que incorporaba a Rusia a la matriz occidental y que creaba una sociedad soberana a través de la igualdad. Por otra parte, si la Revolución Francesa había marcado la consolidación de los ideales modernos de una historia terrenal, la Revolución Rusa reactualizaba la fe en la acción del hombre para modelar la historia. “¿Por qué es tan fascinante la revolución?” se pregunta Furet. “Porque es la afirmación de la voluntad en la historia, la invención del hombre por sí mismo, figura por excelencia de la autonomía del individuo democrático”.<sup>11</sup>

Los revolucionarios rusos encarnaban la pasión, la capacidad de autosacrificio y de fe. Portadores de las leyes de la historia, asumían en el imaginario político la realización de los principios de la ciencia y la libertad propios del marxismo, buscando realizar a través de la revolución los más altos ideales del universalismo democrático. Indudablemente, la Revolución de Octubre se vio fortalecida por su oposición radical a una guerra que privilegiaba lo nacional y lo particular; pero no es menos cierto, señala Furet, que “los acontecimientos de 1917 en Rusia, desde el año siguiente, en el momento en que los pueblos de Europa salen de la guerra, casi no son ya acontecimientos rusos. Lo que cuenta es la anunciación bolchevique de la revolución universal (...). La Revolución Rusa (no va a abandonar) ni un momento su visión universalista que se convertirá en su principal motivo de seducción (...)”.<sup>12</sup> A lo anterior habría que agregar, según Furet, tres elementos adicionales que se integraron al imaginario político de la Revolución de Octubre y que permiten comprender su embrujo, al

<sup>10</sup> Norberto Bobbio: *Diccionario de Política*, p. 1458.

<sup>11</sup> Francois Furet: *op. cit.*, p. 77.

<sup>12</sup> Francois Furet: *op. cit.*, p. 34.

menos hasta 1921. En primer término, la revolución habría sido la primera de una serie de revoluciones proletarias, lo cual consolidaría su carácter universal. En segundo lugar, la revolución soviética, realizada por una vanguardia de militantes y sustentada en una visión científica de la realidad, encarnaría el desarrollo necesario de la Razon histórica. "Al culto de la voluntad, herencia jacobina pasada por el filtro del populismo ruso, añade Lenin las certidumbres de la ciencia tomadas del capital".<sup>13</sup> Y finalmente, la revolución bolchevique, entroncada con la tradición revolucionaria europea, se convertía en un símbolo de la realización de una utopía positiva: la transformación radical de lo existente y el advenimiento de un proyecto de transformación sustancial de la sociedad, la política, las instituciones, los valores y la economía.

Desde la perspectiva de Furet, a los 15 años de su instauración, la revolución había muerto. El aliento universalista había dado paso al "socialismo en un solo país" (aunque Rusia fuese el centro del movimiento comunista internacional) y, sobre una sociedad atemorizada y un país quebrantado, se había impuesto la dictadura burocrática del partido, la supresión del campesinado como clase independiente, y la represión o eliminación de la disidencia, las etnias, los nacionalismos, etcétera, todo ello en nombre del "socialismo" y la "revolución". Al respecto, escribe Furet:

Cuando el historiador relaciona el carácter del acontecimiento con la indiferencia que encontró entonces en Occidente, y hasta los elogios que a menudo provocó, puede elegir entre dos tipos de explicación (...): o bien se ignoraba lo que realmente ocurría en la Unión Soviética, al ser sistemáticamente ocultado, o bien la idea de la "colectivización de los campos" evocaba en muchos espíritus la realización de una utopía (...) unida a un triunfo sobre la contrarrevolución.

La capacidad de mitologizar su propia historia constituyó uno de los logros más extraordinarios del régimen soviético. Pero esta capacidad habría sido menos eficaz si no se hubiese combinado con una tendencia a la credulidad, inherente a la cultura europea de la democracia revolucionaria.<sup>14</sup>

<sup>13</sup> Francois Furet: *op. cit.*, p. 77.

<sup>14</sup> Francois Furet: *op. cit.*, p. 169.

Ciertamente, no faltaron las voces y miradas críticas, incluso en la izquierda europea; en este sentido, Furet es extremadamente explícito.<sup>15</sup> Tampoco lo sucedido al interior de la Unión Soviética fue totalmente ignorado. No obstante, señala Furet,

el comunismo (fue) una casa en la que a lo largo de todo el siglo no dejarán de entrar unos y de salir otros en cada generación, al azar de las circunstancias. Pero el movimiento también sabrá retener, a lo largo de todas sus vidas, a militantes tan incondicionales que formarán una especie política particular(...) no abandonarán nunca el bando de la Unión Soviética, inseparable para ellos de la revolución (...).<sup>16</sup>

A la seducción intelectual, que encontraba en la revolución soviética la esperanza de ver nacer allí al "hombre nuevo", se agregaba, en esta etapa histórica, otro factor fundamental: la gran depresión amenazaba a las democracias liberales y, en este contexto, la planificación y las cifras de industrialización soviéticas fascinaron a la opinión pública occidental.

(...) en esta época, escribe Francois Furet, la ilusión soviética encuentra sus principales refuerzos en la economía política, más que en la tradición democrática revolucionaria a la francesa(...) (Paradójicamente), su imagen se engrandeció en la imaginación de los contemporáneos en el momento de sus peores crímenes(...).<sup>17</sup>

Pero en la década de los treinta, otro fenómeno sustancial, el ascenso y consolidación del nazismo en Alemania, daría al comunismo un nuevo hálito de superioridad moral: el controvertido tema del antifascismo, uno de los capítulos más polémicos del libro de Francois Furet.

En un artículo profundamente crítico de *El pasado de una ilusión*, Eric Hobsbawm señala que el antifascismo constituyó la esencia sustancial de la política comunista entre las dos guerras; en con-

<sup>15</sup> Francois Furet: *op. cit.*, p. cap. 4.

<sup>16</sup> Francois Furet: *op. cit.*, p. 123.

<sup>17</sup> Francois Furet: *op. cit.*, p. 174.

secuencia, los comunistas fueron defensores de la democracia, y la alianza antifascista, de la que eran propagandistas, lejos de ser mentira o una ilusión, se correspondía con las necesidades del momento histórico y con el verdadero espíritu del comunismo.<sup>18</sup>

Desde la perspectiva de Furet, el antifascismo fue un episodio bastante corto de la política comunista. Anteriormente, había predominado la estrategia de descalificación de la socialdemocracia como adversario principal en el camino de la dictadura del proletariado. Posteriormente, en 1939, el pacto germano-soviético dio grandes dividendos territoriales a Stalin. Si el movimiento comunista y la Unión Soviética retornaron al antifascismo fue gracias a Hitler, y no por virtud o doctrina. Es cierto, señala Furet, que el giro estratégico operado por el *Komintern* en 1934-1935 (e impuesto a todos los partidos de la internacional) hizo crecer la esperanza democrática de muchos simpatizantes y militantes, pero no modificó el análisis de fondo según el cual el fascismo y la democracia burguesa eran las dos cartas del capitalismo mundial.

Escribe Furet:

El militante comunista en adelante va a blandir un estandarte diferente al de la República de los soviets : el del antifascismo democrático(...) El comunista antifascista ingresa en el ejército de la revolución proletaria sobre todo para defender y asegurar la libertad contra Hitler (...).El combate comunista está investido de dignidad filosófica (...)"<sup>19</sup>

El antifascismo abrió, así, un nuevo espacio político de encantamiento en el cual la Unión Soviética representaba la oposición radical a Hitler y su "imperio del mal". La irradiación antifascista prendió muy especialmente entre los intelectuales de Occidente, "entre (quienes) el placer masoquista de perderse al servicio de una causa encuentra su expresión más completa".<sup>20</sup> "Compañeros de ruta" antifascistas o militantes comunistas, casi todos de los más significativos intelectuales y escritores de la década de los treinta se dirigieron al encuentro de la Historia o la Verdad para defender a la cultura de la

<sup>18</sup> Eric Hobsbawm: "Historia e ilusión", *Etcetera*, México, 12 junio 1997, pp. 27-31.

<sup>19</sup> Francois Furet: *op. cit.*, p. 258.

<sup>20</sup> Francois Furet: *op. cit.*, p. 139.

amenaza del fascismo. Parte sustancial de esta devoción fue producto de la labor realizada entre los "simpatizantes" por el aparato de propaganda del *Komintern*, sustentado en una serie de operaciones clandestinas, que se encargó de presentar la lucha entre el comunismo y fascismo como una batalla entre el bien y el mal de este siglo.<sup>21</sup>

Desde la óptica de Furet, ciertamente el antifascismo amplió la audiencia del comunismo, pero no modificó la voluntad de silenciar, en nombre de la lucha contra Hitler, las críticas al régimen soviético. Tampoco nulificó la ambición de que los partidos comunistas dominaran las coaliciones antifascistas tal como fue el caso de España, por ejemplo, donde la voluntad de Stalin no era precisamente combatir al fascismo sino controlar, a través de sus agentes, la España republicana.

Escribe al respecto Furet:

La URSS no intervino en España como potencia fraternal ni siquiera en nombre de sus intereses o de sus cálculos, (...) intervino menos para ayudar a la República que para adueñarse de su control militar y político. Vendió armas y aviones a España, pero también liquidó al POUM, asesinó a Nin y llenó de policías a sueldo el bando republicano.<sup>22</sup>

Si para Hobsbawm, la naturaleza verdadera del comunismo fue antifascista y el periodo 1939-1941 constituyó un "paréntesis",<sup>23</sup> para Furet, en cambio, en la Segunda Guerra Mundial se manifestaron, de manera paralela, las ambigüedades del antifascismo comunista. Por una parte, el pacto secreto firmado en 1939 entre los ministros de Relaciones Exteriores de la Unión Soviética y Alemania, Molotov y Ribbentrop respectivamente, —y que, según algunas interpretaciones, consolidaba alianzas secretas establecidas desde años anteriores—<sup>24</sup> respondía, más bien, al imperativo soviético de acrecentar su poder obteniendo ventajas territoriales. De hecho, parte de

<sup>21</sup> Stephen Koch: *El fin de la inocencia. Willi Munzenberg y la seducción de los intelectuales*, Barcelona, Tusquets, 1997.

<sup>22</sup> Francois Furet: *op. cit.*, p. 301.

<sup>23</sup> Eric Hobsbawm: "Historia e Ilusión..."

<sup>24</sup> "Seis años antes del pacto germano-soviético, en el inicio del régimen hitleriano, los dos dictadores ya estaban montando su plena colaboración (...). Todo esto sucedido bajo la idea de la campaña antifascista(...)" Stephen Koch, *op. cit.*, p. 80.

Polonia, Bielorrusia y Finlandia, como Estonia y Lituania pasaron a manos soviéticas. Por otra parte, sin embargo, después de junio de 1941, la Unión Soviética pasó a constituirse en víctima de Hitler. La barbarie de la invasión nazi, aunada a la resistencia de la población soviética —en defensa de su patria, más que en defensa del comunismo— convirtieron a Rusia en un símbolo de libertad. Su sacrificio y sus muertos hicieron olvidar, en la memoria colectiva europea, el periodo 1939-1941; el comunismo asumía, en la segunda fase de la guerra, un lugar preponderante en la batalla antifascista, y la Revolución de Octubre se colocaba, nuevamente, a la vanguardia de la humanidad. Al entrar en Berlín en la primavera de 1945, las tropas soviéticas evidenciaban que “era el comunismo el que había ganado la guerra y el que así ofrecía un nuevo compromiso con la historia”.<sup>25</sup>

Así se iniciaba, según Furet, una nueva etapa de la seducción comunista. La fuerza del triunfo militar, aunada a la representación de haber encarnado la lucha antifascista, otorgaba a la idea comunista un nuevo resplandor. A ello habría que agregar, desde la perspectiva de Furet, un nuevo elemento. Si la guerra de 1914 había engendrado dos poderosas pasiones ideológicas, nazismo y comunismo, la primera de ellas había quedado bajo las ruinas de la Cancillería del III Reich y la segunda emergía, por el contrario, con una fuerza decuplicada por la victoria, sosteniendo como baluarte el horizonte de la realización revolucionaria y universal del hombre. Señala Furet: “El antifascismo comunista de 1935 era, ante todo, defensivo; el de 1945 es triunfante”.<sup>26</sup>

La victoria incrementó el prestigio de la Unión Soviética. Extendida después de 1945 hacia otras regiones geográficas bajo las banderas de la democracia y la paz, sus triunfos territoriales y político colocaban su imagen en la cúspide del imaginario social. Europa se cubría de partidos comunistas; el mundo entero, de compromisos revolucionarios y proclamas anticapitalistas; al mismo tiempo, según Furet, al interior de la Unión Soviética se continuaba desplegando, en una ininterrumpida línea de continuidad, el terror político y policiaco.

<sup>25</sup> Francois Furet: *op. cit.*, p. 399.

<sup>26</sup> Francois Furet: *op. cit.*, p. 410.

El *pasado de una ilusión* concluye con el informe de Khrushov presentado al XX Congreso del Partido Comunista en 1956 en el cual, al desacralizar a la figura de Stalin, se privaba a la revolución de su legitimidad. Los restantes 30 años son, en el libro de Furet, un breve epílogo, a su juicio, desde mediados de la década de los sesenta, la época idílica de la idea revolucionaria, que encontró en la Unión Soviética su centro material y espiritual, había llegado a su fin.

Comienza entonces en el Oeste el sepelio de la idea comunista, que va a durar 30 años. El suceso congregará a su alrededor una muchedumbre inmensa e irá acompañado de lágrimas. Incluso las generaciones jóvenes se integrarán al fúnebre séquito, intentando darle, aquí y allá, visos de renacimiento (...) la China Maoísta representa en París, para los discípulos de Althusser, la utopía de un universo pobre, austero y justo (...) la Cuba de Castro representa, para los estudiantes californianos el paraíso latino del calor comunitario (...). Ninguna de esas imágenes lo-grará reemplazar verdaderamente a la Unión Soviética en el orden imaginario en que ocupó un lugar preponderante desde octubre de 1917 (...).<sup>27</sup>

Posiblemente, los recuerdos y la historiografía del futuro serán diferentes a los nuestros. El siglo XX será reinterpretado y revisado de acuerdo a las ilusiones, esperanzas y valores de los futuros historiadores. Sin embargo, el libro de Francois Furet –*Historia de la tragedia ideológica y política de la utopía comunista*– será uno de los documentos clave que los historiadores del futuro van a leer, examinar y evaluar críticamente para comprender el universo político de un siglo pleno de ideologías, pasiones y fanatismos. Ciertamente, el pensamiento comunista configuró y moldeó al siglo XX; fue lo suficientemente poderoso y universal para rebasar las fronteras de la Unión Soviética y convertirse en una idea moral del futuro. Sin embargo, el comunismo parece hoy algo del pasado; los objetivos y principios a los que en otros tiempos se remitían los líderes comunistas han sido radicalmente transformados. Más aún: los valores mismos que constituyeron el blanco de la revolución comunista a lo largo del siglo han vuelto por sus fueros: mercado, libre empresa, propiedad privada,

<sup>27</sup> Francois Furet: *op. cit.*, pp. 553, 556, 558.

etcétera. La lectura del libro de Furet deja al lector más sabio, pero también más triste al constatar que nuestro estremecedor siglo XX ha sido, en gran medida, el de los paraísos perdidos. Iniciando con la confianza en el progreso y en la utopía de la sociedad sin clases, concluye escéptico, desengañado, irónico y desencantado. En su transcurso, los cataclismos históricos han dejado atrás el imperio de la razón, la justicia y la moral. Las utopías modernas se han convertido en universos cerrados que asimilan, reprimen y mitigan toda fuerza de oposición, toda tensión hacia lo diverso. Los territorios del desencanto se han extendido también, como lo demuestra el libro de Furet, al comunismo, que fue durante todo el siglo XX la gran esperanza ideológica-política y cuyas ideas, como señala igualmente *El pasado de una ilusión*, recorrieron el mundo propiciando la emergencia de grandes movimientos sociales, poderosos partidos políticos e incondicionales partidarios.

En 1989 se derrumbaba –rápida y silenciosamente– un sistema político y una forma de ejercicio del poder, cuya solidez y fortaleza parecían eternos. El derrumbe de la Unión Soviética y la crisis del pensamiento comunista, aunado al nebuloso paisaje político de las democracias liberales y a la pérdida del perfil y la claridad ideológica de las principales opciones políticas, parecen colocarnos hoy en un “vértigo vacío”, tanto teórico, político, como cultural, del cual se hace eco Francois Furet al escribir:

“Ahora estamos viviendo en un universo políticamente cerrado, sin otro horizonte que el nuestro (...) la derecha significaba la nostalgia de las jerarquías (...). La izquierda, la esperanza del socialismo (...). Hoy, ambas muertas. Estamos condenados a vivir en el mundo en que vivimos (...).”<sup>28</sup>

<sup>28</sup> Francois Furet: “Las preguntas que nos dejó la URSS”, *Vuelta*, octubre, 1993, p. 31.